SERIE 2.ª 7 DE SETIEMBRE DE 1892 NÚMERO 14

ESTUDIOS TEOSÓFICOS

Satyât Nâsti Paro Dharma.

No hay religión más elevada que la Verdad.

Administración y Redacción: Tallers, 66, entresuelo, 1.ª—Barcelona

De la misma manera que un peñasco de una sola pieza resiste los ímpetus del viento, asimismo ni la censura ni la alabanza hacen mella en los sabios.

Parecidos á una laguna de aguas profundas, mansas y transparentes, los sabios, no teniendo oídos más que para los preceptos de la Ley, viven en una serenidad completa.

(*Dhammapada*,—cap. VI,—81.82).

Advertencia

Con profunda pena debemos hacer público que D. Alberto de Das ha dejado de pertenecer al grupo Español de la S. T.

El referido Grupo, aunque conocedor de ciertas faltas cometidas anteriormente por el Sr. Das, en vista del cambio favorable que se inició en el estado moral de dicho señor, complacióse en facilitarle su rehabilitación por todos los medios que están á su alcance, admitiéndole en su seno y concediéndole medios materiales más que suficientes para hacerle llevadera su precaria situación; pero, en vista de que su rehabilitación fué sólo momentánea, como desgraciadamente ciertos hechos graves vinieron á demostrarlo más tarde, el Sr. Das, por iniciativa del Grupo Barcelonés de la S. T., fué expulsado de su seno, á principios de Julio de este año, y actualmente se está ultimando en Londres su expulsión definitiva de la Sociedad Teosófica.

¡POBRES ANIMALES!

VIVISECCIÓN, ZOOFAGIA, VEGETARISMO

(*Continuación*)

Aquel que se ejercita en ver sufrir á los animales, se le endurece el corazón, y muy pronto no llega á hacer el menor caso de los sufrimientos humanos; se le ve asestar una cuchillada á un hombre con la misma frescura que si fuese una rana ó un conejo. Conocemos á un hombre que así fué la víctima de su médico, y nos contó todo cuanto sufrió. Era un atleta que daba representaciones de boxer y de pugilato y era al propio tiempo profesor de armas. Un día, después de un enfriamiento, volvióse paralítico, y no podía andar sino apoyándose en un bastón y con la mayor dificultad. Se le lastimó la espina dorsal y las piernas con un hierro candente (inútil cruel remedio), y su médico, un sabio que tiene fama de autoridad, se echaba á reir gritándole: ¡Animo, si sois un gallina! Nada se consiguió seguramente con estos medios, y no le quedó al pobre mártir otra cosa que el recuerdo de sus sufrimientos y la indignación consiguiente. Supliqué á un magnetizador amigo mío que se hiciese cargo del pobre lisiado, á quien iba á hacer todos los días una media hora de pases magnéticos. Al cabo de un mes nuestro hombre andaba perfectamente, dos años después que el verdugo le había abandonado como incurable.

Para desterrar de la superficie del globo el sufrimiento, es necesario que el hombre sea otra vez religioso, es decir, que se ligue por el corazón, el interés y el sacrificio á todos los seres que le rodean; entonces, en vez de emplear su ciencia en servicio del mal, no se servirá de ella más que para el bien y para aumentar la dicha y el bienestar de todos sus hermanos y de todos los seres con los cuales está en contacto. Existe un agente misterioso, y aun divino, que Dios ha dado á todos los seres de la creación para relacionarlos entre ellos y consigo mismo; este agente es el *magnetismo*. Hemos hecho del magnetismo un estudio bastante detenido y bastante profundo para poder afirmar aquí que por medio de él pueden curarse todos los dolores y todas las enfermedades, aun las más inveteradas y dolorosas; todo es cuestión de tiempo y método. Yo mismo que escribo estas líneas soy de ello un ejemplo manifiesto; postrado á consecuencia de toda suerte de dolores, éstos han desaparecido hoy por completo, y gracias al masaje y á los pases magnéticos estoy casi del todo curado de una ataxia

locomotriz, la más grave é incurable de las enfermedades, á una edad en que yo debía haber perdido ya toda esperanza de curación.

Cuando Dios ha puesto en nosotros un medio tan poderoso para combatir las dolencias, ¿por qué ir á buscar otros en las entrañas palpitantes de animales sometidos á las torturas más atroces? Sencillamente, porque después de más de cien años que esta ciencia bendita del magnetismo se exhibe por las calles, nuestros médicos, cubriéndose con el manto de su infalibilidad, tienen á bien negarla todavía. Y sin embargo, es muy cierto y positivo que, por medio de este agente manejado por una persona inteligente, se pueden curar todos los padecimientos. Hasta bajo el punto de vista de la Cirujía, se puede, poniendo en *catalepsia* la parte que debe operarse, hacerla insensible, y se pueden arrancar dientes sin dolor, etc., etcétera...

Pocas cosas han hecho tanto ruído como el descubrimiento que acaba de realizar Mr. Pasteur, y que consiste, según se dice, en curar definitivamente la rabia inoculando al hombre el virus rábico. Pero el barón de Potet curaba también la rabia, y para ello no se valía más que de los pases magnéticos aplicados con inteligencia y método. Esto es tan positivo que una dama curada por él de esta terrible enfermedad, no encontró nada mejor, para expresarle su reconocimiento, que consagrarle sus días, y ella vino á ser la señora de Potet.

¿Y quién nos asegura que esta inoculación del virus rábico, hecha en un hombre, no tendrá sus influencias funestas sobre las generaciones futuras emanadas de este hombre? ¿Quién nos dice que sus hijos no tendrán la rabia ú otra enfermedad distinta originada por ésta por vía de evolución?

*
* *

EL VEGETARISMO

Pero no son únicamente los vivisectores los que martirizan á los pobres animales.

¡Cuán escaso es el número de aquellos que respetan suficientemente la vida, esta vida universal difundida en todas partes, por no ver en los seres inferiores que nos rodean más que amigos y auxiliares á los cuales debemos estar reconocidos y prestarles nuestros cuidados á cambio de los innumerables servicios que nos prestan! ¡Cuántas torturas de distinto género imponemos á los animales para satisfacer nuestra glotonería, por ejemplo! Esos cangrejos y esas langostas que se hacen cocer á un fuego lento; esos

peces que se les echa á la sartén, apenas acaban de salir del agua; esa volatería, esos encantadores cabritos de expresión tan fina é inteligente; esas terneras que se las sangra hasta no quedarles una gota de sangre en sus venas; toda caza que se mata en el monte y que se trae aún medio viva en el fondo del zurrón; las inhumanas y sangrientas riñas de gallos y las corridas de toros (1); esos patos y esas ocas á quienes se les determina una cruel enfermedad para confeccionar ciertas pastas con sus hígados; todas esas pobres y encantadoras avecillas, ansiosas de movimiento y de libertad, y á quienes, para satisfacer nuestro egoísmo, tenemos aprisionadas en unas jaulas demasiado estrechas, y á quienes se les vacían los ojos á fin de que ellos sirvan de reclamo para que sus infelices compañeros caigan en las redes; esos desdichados caballos que se les vé arrastrando unos carruajes demasiado pesados para ellos, que se les maltrata á palo limpio, que se les revienta, y que se les utiliza aún en la vejez, cuando apenas pueden soste-

(1) Hace pocos días que en una de las ciudades más cultas y adelantadas de España, se anunciaba en grandes cartelones un combate entre un novillo ó una vaca navarra y un magnífico (*sic*) oso de Siberia. Esto hace *pendant* con otra noticia reciente de que en Francia, faltando abiertamente á la ley Gramont, se ha celebrado ya una corrida de toros á lo vivo, ni más ni menos que entre nosotros. Como epílogo de este último suceso añadiré que con motivo de la protesta que, contra semejante infracción de la ley, formuló la *Sociedad protectora de los animales*, el corresponsal de un diario muy conocido en Barcelona, escribía: «esta Sociedad nos fastidia sin cesar con sus protestas.»

Hablando en plata, ¿pueden llamarse civilizados los pueblos que, hasta para gozar y divertirse, hasta para sus expansiones de júbilo, necesitan espectáculos de sangre? ¿Cómo puede ser compatible con toda idea noble y con todo rasgo de cultura ver á un público delirante que no pierde ningún detalle de una *diversión* donde se ven pobres caballos estenuados por los largos servicios que han prestado al hombre, revolcarse en la arena, con las entrañas al descubierto (mostrándolas á un público que en su mayor parte no las tiene), y sufriendo las horribles ansias de la agonía; de una *diversión* en la que, juntamente con la sangre de los toros y caballos, se ve correr con harta frecuencia la sangre de nuestros semejantes? Y ¿qué diremos cuando en estas corridas se vé castigar á un toro clavándole pares de banderillas de fuego? ¿Puede darse cosa más salvaje y más brutal que ver correr al toro aturdido y desatentado, mientras el fuego, con su vivo chisporroteo interrumpido á intervalos por fuertes detonaciones, abrasa y destroza sus carnes? ¡Y todo esto dar un poquito más de animación y amenidad á la *fiesta*!..... Francamente: una cosa es vivir en Europa y en pleno siglo XIX, y otra cosa es el vivir en el seno de la civilización. (N. de T.)

nerse, (1)... ¿todos estos no son acaso animales inocentes á los cuales entregamos al suplicio para satisfacción de nuestros bárbaros placeres?

Los vivisectores están en su derecho tratándonos á nosotros también de salvajes y crueles, nosotros que sin apiadarnos lo más mínimo, cometemos tantos actos de barbarie todos los días por glotonería, por egoísmo y por necesidad. Sí; muy cierto es que bajo cualquier aspecto bajo el cual se considere al hombre, éste aparece siempre como un bárbaro sin inteligencia y sin corazón. Antes, pues, de clamar contra los demás, empecemos por enmendarnos nosotros mismos.

Para alcanzar este fin, hay dos objetivos hacia los cuales debemos dirigir toda nuestra atención. A aquellos que quisieren respetar la vida de los animales, les aconsejaremos que poquito á poco vayan sometiéndose al régimen vegetariano. A aquellos que, siendo de corazón más empedernido, no quieran dejar sus hábitos carnívoros, les diremos que su deber es cuidar de que se pongan en juego todos los medios anestésicos encaminados á ahorrar sufrimientos á los animales que son sacrificados para satisfacer su glotonería. La *Sociedad protectora de animales* les suministrará en este concepto todos los datos é instrumentos que son del caso.

Pero digamos algo en honor del vegetarismo.

¿Quién no siente un disgusto, un desaliento profundo á la sola vista de un pollo chorreando sangre, de un conejo desollado, y hasta de uno de estos carruajes que se dedican al transporte de carnes?... Es porque la carne no es otra cosa que *cadáver*, y el cadáver es lo que existe de más repugnante al olfato, á la vista y á los sentidos todos. Supongamos que, después de haber vivido hasta los veinte años, sometidos á un régimen fructívoro y lácteo, se nos propusiese de repente probar un poco de esta cosa incalificable, inmunda y hedionda, como es una bestia muerta.... indudablemente nos sentiríamos acometidos de náuseas. Es porque el *comer carne* es una mala costumbre que venimos conservando desde aquellos remotos tiempos en que los hombres, antropófagos, se comían los unos á los otros; como sucede aún en nuestros días.

(1) En España, los caballos de desecho, malparados por la vejez y estenuados por el constante trabajo que de ellos exige el hombre, van á morir en las plazas de toros, teniendo por testigos de su agonía un público alegre y bullicioso, que, incapaz de sentir la menor compasión hacia ellos, se complace con el mayor sarcasmo, en llamarles *sardinas, arpas, pencos* y otros epitetos de esa calaña, propios tan sólo de gente soez... y de las revistas taurinas.

El verdadero régimen conveniente á la humanidad es aquel que es natural al género *anthropoide*, es el régimen vegetal. (1) Hacernos otra vez vegetaríamos, hé aquí el objeto que cada cual debe proponerse alcanzar. Desde hace más de cuarenta años, los ingleses han fundado en Manchester una Sociedad de vegetarianos. Con este régimen se encuentran muy bien, y sus adherentes se cuentan por millares. Esta Sociedad posee ya fondos considerables, publica un periódico que tiene mucha circulación, distribuye una masa enorme de folletos, impresos y libros de propaganda. Celebra congresos anuales, abre sucursales en Londres, Liverpool, Birmingham, Glasgow... Estos espíritus avanzados han comprendido desde el primer momento que de esto dependía la regeneración de la sociedad. El cuerpo, el alma y el espíritu son tres entidades que componen la unidad humana, siendo las tres solidarias entre sí; las atenciones de que es objeto una de ellas se reflejan sobre las dos restantes, y así es como el cuerpo se purifica al mismo tiempo que se elevan el alma y el espíritu. (2)

El hombre puede enfermar de dos maneras: *en cuanto á su cuerpo*, por causa de la lujuria y del abuso que hace de los alimentos y bebidas; y *en cuanto á su alma*, por todos sus defectos, fanatismos, supersticiones y todos sus absurdos dogmáticos. En una palabra: todas las enfermedades que postran tan cruelmente la pobre especie humana proceden de los excesos del cuerpo y del alma, que conducen por un lado al vicio y á las degradacio-

(1) ¿Por qué razón—preguntan muchos—nuestros campesinos, que apenas prueban la carne un par de veces al año, viven robustos y alcanzan una longividad envidiable, á pesar de su rudo trabajo y constante exposición á las inclemencias del tiempo, mientras que en las ciudades, donde el consumo de carne es excesivo, la gente en general arrastra una vida lánguida y enfermiza? La contestación nos la da el célebre escritor ruso León Tolstoi: precisamente porque á la gente de la ciudad se la ha habituado á nutrirse de alimentos contrarios á la naturaleza humana. (N. del T.)

(2) «Se encuentran cada vez con más frecuencia hombres que renuncian á la alimentación animal, y todos los años, sobre todo en Alemania, Inglaterra y América, el número de hoteles y fondas vegetarianas aumenta más y más. Este movimiento debe regocijar particularmente á los hombres que pretenden realizar el reino de Dios sobre la tierra, no porque el vegetarismo de por sí sea un paso importante hacia este reino, sinó porque es el indicio de que la tendencia hacia la perfección moral del hombre es formal y sincera, puesto que dicha tendencia implica un orden invariable que le es propio y que comienza por la primera etapa.» (León Tolstoï.—*Notre alimentation*, artículo publicado en la *Revue Scientifique* del 20 Agosto 1892). (N. del T.)

nes individuales de todo género, y por el otro á las sangrientas luchas de religión, á las guerras intestinas é internacionales.

Todos estos males serán evitados por la introducción en nuestras costumbres, de una reforma alimenticia y de una higiene general bien estudiadas y aplicadas desde la más tierna edad del hombre en todos los asilos de la infancia y de la juventud, en las casas de huérfanos, pensiones y liceos. Es necesario ir sustituyendo poquito á poco el régimen vegetariano al odioso régimen carnívoro. Es preciso volver al régimen sobrio, frugal y sano de los pueblos nómadas, y entrar, al fin, de lleno en la práctica de esta sabiduría que han predicado los sabios de todos los tiempos. Los vegetarianos de nuestros días han encontrado una serie de diez y ocho razones que militan en favor del régimen por ellos preconizado. Hélas aquí:

I—El hombre es por su naturaleza frugívoro, como lo es el mono, su pariente inmediato en la escala de los seres. Sus dientes y todos sus caracteres anatómicos son los de un frugívoro. Tiene caninos, pero estos son muy rudimentarios. El mono que los tiene tambien y aun más desarrollados que el hombre, se nutre exclusivamente de nueces, frutas y granos, no sirviéndose de sus caninos más que para romper ó abrir la cáscara de sus alimentos vegetales; se le puede artificialmente habituar á comer carne, pero al poco tiempo se vuelve más pesado, más ruín y menos robusto que con el régimen vegetal. El hombre no tiene ni el tubo intestinal largo y complicado de los herbívoros, ni el estómago en forma de saco, el enorme hígado y el intestino corto de los carnívoros. La conclusión racional á que han llegado Fassendi, Linneo, Daubenton, Cuvier, Lawrense, Bell, Owen y en general todos los anatómicos, es que el hombre nace frugívoro. Es por otra parte, incontestable, bajo el punto de vista químico, que una alimentación puramente vegetal suministra todos los principios necesarios para la reconstitución de nuestro organismo; que los alimentos vegetales son, para el hombre, los más fácilmente digeribles y más completamente asimilables, los menos peligrosos bajo cualquier concepto, y los más ricos en calor y en fuerza.

II—La carne no contiene un solo principio asimilable que no pueda encontrarse en el reino vegetal. [1] Es un alimento imperfecto é incompleto,

(1) Es preciso hacer notar que la *carne* de que se alimenta el hombre es, al fin y al cabo, el resultado de la transformación de los alimentos vegetales (hierbas, raices, granos, etc.) con que se ha alimentado el carnero ó la vaca, ni más ni menos. De consiguiente, en el reino vegetal se encuentran *todos* los principios que contiene la carne, y algunos otros más.—(N. del T.)

puesto que no contiene azúcar ni almidón. Los granos, las harinas y los frutos contienen estos principios indispensables, y además, los principios azoados de la carne en proporción frecuentemente más considerable. Los trabajos de Liebig han puesto en claro que no existe diferencia alguna apreciable entre la fibrina vegetal y la fibrina animal, ni entre la albúmina vegetal y la albúmina animal.

III—Aun en las condiciones más favorables, la carne contiene necesariamente principios impuros y peligrosos; por no citar más que dos: la sangre venosa encerrada en los capilares, y los elementos anatómicos que se hallaban en vía de descomposición en el momento de la muerte. A estas causas permanentes de peligro hay que añadir los virus, las enfermedades y los parásitos (1) que escapan necesariamente á su examen superficial y somero.

IV—Es un hecho generalmente admitido que una cuarta parte, por lo menos, de las reses sacrificadas y entregadas al consumo en las grandes ciudades, estaban enfermas á consecuencia de una alimentacion insuficiente ó excesiva, ó por resultado de alguna infección. (2) La mayor parte de las enfermedades del buey y del carnero son transmisibles al hombre, basta enumerar el tifus, la erisipela, la tisis pulmonar, la pleuro-pneumonia, la peste bovina, etc.

V—Todos los vegetarianos están de acuerdo en declarar que disfrutan de una salud mucho mejor que antes de renunciar al uso de las carnes. (3)

(1) Entre estos últimos merecen especial mención los gérmenes de la tenia ó lombriz solitaria y la triquina. Paso por alto las propiedades nocivas que adquieren las carnes por medio de la salazón y ciertas preparaciones á que son sometidas.

Recuérdese además que en las carnes existen generalmente alcaloides tóxicos segregados por las células vivientes del organismo, y toxinas ó ptomaínas segregadas por los microbios que accidentalmente se encuentran en el cuerpo del animal. (N. del T.)

(2) Con harta frecuencia, á pesar de la vigilancia que se ejerce en este sentido, se entregan al consumo carnes de animales fallecidos á consecuencia de alguna epizootia. (N. del T.)

(3) He aquí en qué términos se expresa el doctor Dujardin-Beaumetz, de la Academia de Medicina de Paris: «En cuanto á mí, que he encontrado en el régimen vegetariano mi propia curación, me felicito de esta circunstancia que me permite pagar una deuda de gratitud llamando la atención al público hacia este régimen vegetariano, que es una de las bases más esenciales de esta *Higiene Terapéutica,* de la cual me he constituído defensor.» (DUJARDIN-BEAUMETZ.—Prólogo de *Le Végétarisme,* etc., del doctor Bonnejoy) (N. del T.)

El régimen vegetal basta en muchos casos para curar la gota, el reumatismo, la epilepsia, la parálisis, las enfermedades de la piel y diversas erupciones. (1) Es el régimen más favorable á la curación rápida de las heridas, traumatismos y consecuencias de las operaciones de cirujía. No hay un solo ejemplo de un vegetariano atacado del cólera.

VI—Bastante se ha dicho ya de los efectos del alcoholismo; pero es positivo que al principio la afición á las bebidas alcohólicas es generalmente proporcional á la cantidad de carne ingerida por el sujeto, y basta inducir á un bebedor á contentarse con un régimen vegetal para que insensiblemente vaya dejando su deplorable vicio. (2)

VII—El régimen vegetal es el más favorable á la pureza de costumbres, á la elevación de pensamiento, á la dulzura de caracter y, por consiguiente, á la harmonía social y á la paz. No hay otro mejor para la salud física, moral é intelectual del individuo y de las naciones.

(1) En Roma, durante la época republicana, cuando las costumbres de sus habitantes eran sencillas y severas, la gota era un hecho excepcional; mientras que durante la época del imperio, cuando las costumbres se habían relajado y la sobriedad era sustituida por la glotonería y toda clase de excesos, la gota fué en aumento, atacando lo mismo á los hombres que á las mujeres. Son muy frecuentes los casos de curación de la gota en personas que, entregadas hasta entonces á los placeres de la mesa, se habían visto precisadas, con motivo de un revés de fortuna, á someterse á una alimentación más frugal.—Es un hecho bien comprobado que el régimen carnívoro produce un exceso de irritabilidad orgánica, la constipación, la plétora, la tendencia á los estados congestivos y á la apoplegía, el cáncer, la gota, las afecciones calculosas (arenillas, mal de piedra), enfermedades cutáneas, escorbuto, afecciones biliosas, etc. etc. Entre los trapenses, que, como es sabido, tienen rigurosamente prohibido el uso de toda clase de carnes en su régimen alimenticio, son casi desconocidas muchas enfermedades, tales como la gota, el reumatismo, el mal de piedra, el cáncer y la apoplegía.—Además es muy perjudicial el uso de los alimentos animales en las enfermedades agudas, sobre todo en las que tienen un carácter infeccioso y en las que radican en el hígado y el riñón. Aun el caldo de carne es *generalmente* nocivo en los primeros períodos del tifus, disentería, grippe, cólera, fiebres biliosas (tan comunes en la actualidad), etc. etc; y para convencerse de esto, basta consultar la instintiva aversión que á esta clase de alimentos sienten los enfermos. (N. del T.)

(2) Hay en esto—dice el doctor Bonnejoy—un verdadero encadenamiento de causa á efecto. La necrofagia (término que literalmente significa *comer cadáver*) sostiene la gastritis; la gastritis excita la sed, y ésta á su vez al alcoholismo. La digestión de la carne se efectúa sobre todo en el estómago, y teniendo éste continuamente necesidad de excitantes para subvenir á un exceso de trabajo que le fatiga, se comprende desde luego el funesto engranaje en el cual se deja coger el desdichado necrófago que de esta suerte cree «fortificarse.» (N. del T.)

VIII—El régimen vegetal es eminentemente favorable á la belleza física, ya sea dando á la fisonomía y al hábito exterior del cuerpo un sello especial de elegancia y soltura, ya sea comunicando al cutis un brillo particular. Adam Smith ha hecho observar, desde hace mucho tiempo, que las mujeres más hermosas de la Gran Bretaña son las campesinas irlandesas que se alimentan exclusivamente de patata.

IX—Todo sentimiento humano, aun el más rudimentario, se subleva ante la sola idea de los espectáculos repugnantes y de las crueldades incalificables de que son teatro los mataderos y carnicerías.

X—Socialmente hablando, es injusto condenar una clase de hombres á practicar todos los días, por oficio, el degüello de los animales destinados al consumo. Si cada ciudadano se viese obligado á matar y descuartizar por sí mismo la carne de que debe alimentarse, podríase apostar ciento contra uno que unánimemente se volvería al régimen vegetal.

XI—Una misma extensión de terreno puede alimentar un número mucho más crecido de hombres, destinándolo á la producción de cereales y fruta, que convertido en prado para pasto.

XII—El mismo terreno proporciona trabajo á muchos más hombres en el primer caso que en el segundo.

XIII—El régimen vegetal es seis ó siete veces menos caro que el régimen animal—en igualdad de resultados.

XIV—Los animales dotados de mayor robustez, capaces de los más grandes esfuerzos, y al mismo tiempo los más pacientes y más útiles como auxiliares del hombre, los que constantemente se asocian á sus trabajos y á sus conquistas, son herbívoros. ¿Qué servicios pueden ponerse en parangón con los del caballo, del buey de labranza, del elefante y del camello?

XV—Los pueblos más enérgicos, más laboriosos y más infatigables son aquellos en los cuales reina el régimen vegetal. El escocés nutrido con papilla de avena, el irlandés alimentado con patata, son por término medio más corpulentos y robustos que los ingleses. Bajo iguales latitudes, se vé á los esquimales, comedores de carne, reducidos á una estatura la más raquítica, y los finlandeses, casi exclusivamente vegetarianos, alcanzar la talla de los suecos y noruegos. El campesino de la Avernia, que se alimenta con castañas, el italiano, comedor de polenta, el soldado turco, el jardinero chino, el esportillero argelino, todos ellos son célebres por su resistencia á la fatiga, y no comen apenas tres veces carne en todo el año. Cobden ha dicho que la verdadera fuente de riqueza de los franceses es la sopa magra.

XVI—Los espartanos son famosos en la historia por su fuerza muscular, su energía moral y su bravura. Eran vegetarianos. Asimismo lo eran los romanos en los tiempos de su grandeza. La dieta vegetal formaba parte integrante de la educación atlética para los juegos públicos de la Grecia. Apenas estos pueblos hubieron adoptado el uso de la carne, empezaron á degenerar y fueron subyugados.

XVII—Un numero grandísimo de hombres ilustres entre los mejores y más célebres, fueron vegetarianos. Basta recordar los nombres de Sakya-Muni, Pitágoras, Empedocles, Platón, Epicuro, Séneca, Plutarco, el emperador Juliano; y entre los modernos: Gassendi, Milton, Newton, Linneo, Pope, Rousseau, Voltaire, Chestersfield, Franklin, Bernardin de Saint Pierre, Shelley, Byron, Struve, Lamartine, (¹) Michelet.

XVIII—Sentado ya que el régimen vegetariano es el más natural y más sano, el más opuesto á la embriaguez y á todos los vicios, el más favorable al desarrollo de las facultades intelectuales, el más apropiado para inspirar horror hacia la sangre y la violencia, el más sencillo y el más económico; no adoptar semejante régimen es una locura y tal vez un crimen.

*
* *

Considerando el vasto dominio sobre el cual la Higiene estiende su imperio, es verdaderamente triste ver el papel ínfimo y casi nulo que se asigna en nuestros días á la más importante de las ciencias humanas. ¿No es evidente que, junto al Ministerio de Instrucción pública, todos los Estados debieran tener también su Ministerio de Salud pública? Entre los atenienses, Minerva, la diosa de la Sabiduría, é Higea, la diosa de la Salud, se hallaban reunidas en un mismo templo, y ambas eran adoradas bajo un

(1) Decía este distinguido literato francés, hablando del poeta Horacio: «Su régimen era tan sobrio que, como yo, se contentaba con una alimentación vegetal, y la lechuga, los pepinos y los pasteles hechos con harina y crema constituían todo el lujo de su mesa.»

Muchos de los hombres de mayor celebridad, cuyos nombres registra la Historia, no se han alimentado más que de vegetales y laticinios. Newton pasaba los días de sus grandes descubrimientos sólo con un poco de pan mojado en vino. Durante cuarenta años, Buffón no comió más que pan, agua y vino. Platón se contentaba con poco: su alimentación usual consistía en cebollas y aceitunas. Loción y su discípulo Séneca, Pitágoras, Virgilio, Ovidio y mschos otros grandes filósofos y poetas de la antigüedad se abstuvieron del uso de las carnes. Y aun en nuestros mismos días, hombres de la talla de León Tolstoï, Edisson, Dujardin Beaumetz, Taylor, etc. etc son exclusivamente vegetarianos. (N. del T.)

mismo nombre, el de *Minerva higeana*; era la consagración religiosa del santo Hymen de la sabiduría y de la salud, porque nuestros padres profesaban por el viejo adagio *mens sana in corpore sano* todo el respeto que se merece. Efectivamente, es muy cierto que el alma está sana cuando también lo está el cuerpo. Pues bien: este altar de la salud pública es el qué es preciso volver á erigir en la actualidad, y para alcanzar este objeto tan deseable, es preciso cumplir el siguiente programa:

1.° Creación de un *Ministerio de salud pública* con un presupuesto suficiente.

2.° *Enseñanza obligatoria de la Higiéne* en todas las escuelas de ambos sexos.

3.° Publicación de un *Monitor oficial de la Salud* para distribuírlo gratuítamente en todas las poblaciones.

4.° Institución de *conferencias* ó cursos dados por médicos retribuídos por el Estado, hombres ó mujeres indistintamente; la mujer es mejor médico para los niños que el hombre.

5.° Proposición de una *Reforma alimenticia* que tenga por objeto sustituír el vegetarismo al régimen carnívoro.

Para resumir este trabajo, vamos á poner en paralelo los peligros del régimen carnívoro y las ventajas del régimen vegetal. Así se podrá juzgar fácilmente y escoger á gusto de cada cual.

PELIGROS DE LA ZOOFAGIA [1].—La carne más sana y más irreprochable de un animal acabado de matar, contiene: 1.° materiales de nutrición momentáneamente fijados en el cuerpo del animal; 2.° todas las secreciones necesarias al funcionalismo de la vida; y 3.° todas las substancias nocivas en vía de eliminación, tales como excrementos, sudor, orina, etc. Es, pues, evidente que cuando comemos una carne semejante, hacemos entrar en nuestro cuerpo materiales gastados en camino de descomposición, materiales nocivos que la naturaleza se preparaba á eliminar del cuerpo del animal para conservarlo en buen estado de salud. Pues bien: el hombre, irreflexivamente voraz, ingiere todas esas substancias nocivas y repugnantes.

Pero hay más: cuando la vida acaba de abandonar este cuerpo, todas las fuerzas físicas y químicas, que son otros tantos flúidos de naturaleza inferior y *vivientes*, se precipitan á porfía sobre esta presa para disputarse los

[1] Zoofagia significa literalmente *comer animal* (N. del T.)

átomos moribundos, sin fuerzas, ni vida, y próximos á convertirse en podredumbre. Estas carnes *mortificadas* y frecuentemente *despidiendo tufo*, saturadas de virus mórbidos, el hombre las traga glotonamente con el mayor placer, y, gracias á la química y al arte culinario, esta podredumbre se desinfecta, se tiñe de rosa, se cubre bajo una espesa capa de condimentos, se baña en alguna salsa muy estudiada, y todo ello con alegría y aplauso de los gastrónomos.

Y el hombre cubierto de pústulas y abcesos de toda clase, gime y se desespera, acusando al Criador y llegando hasta negarle ó maldecirle! Y no sabe comprender que él, creado libre, él mismo es el causante de todas las desdichas que acumula en torno suyo abusando groseramente de esta salud y noble libertad que puede hacer de él un Dios.

Y esos pobres animales, abrumados por un trabajo excesivo, maltratados y torturados, antes y aun en el momento de su muerte, ¿creéis que no protestarán del daño que se les infiere? Sí, seguramente, y su carne se vuelve á veces tan mal-sana que hasta puede causar envenenamientos. Un virus parecido al de la rabia se desarrolla en estas carnes magulladas de un animal que muere enloquecido por los dolores y sufrimientos.

La zoofagia desarrolla aptitudes especiales para contraer todas las enfermedades, y para ser invadido por cualquiera epidemia reinante. Desarrolla, agrava y multiplica todas las enfermedades así agudas como crónicas: la gota, las arenillas, los cálculos, los cólicos nefríticos, el escorbuto, la tenia, la triquinosis, las afecciones verminosas, todo procede de ahí. Suprimid el asador y el matadero, y la humanidad volverá á ser fuerte y sana.

RIQUEZA DEL RÉGIMEN VEGETARIANO.—El régimen vegetariano es tan rico por el número de alimentos que suministra al hombre como por la cantidad de elementos nutritivos y asimilables que contiene (1). Bajo el punto de vista químico y nutritivo, los vegetales son alimentos *cuaternarios*, es decir que encierran las cuatro clases de substancias necesarias á la conservación de la vida (2). La carne animal no es más que un alimento *ternario*; no contiene las subtancias *respiratorias* que son indispensables

(1) Recomendamos á nuestros lectores el pequeño *Manual de Higiène general y de Vegetarismo*, publicado en Lausana, por Mr. Eduardo Roux. Precio: 1 franco. (N. del autor). También recomendamos eficazmente otro libro titulado *Le végétarisme et le régime végétarien rationnel*, por el Dr. Bonnejoy.—*París*, Baillière et fils.—1891.—(N. del T).

(2) Estas substancias son: oxigeno, hidrógeno, azoe y carbono. Este último cuerpo falta en los alimentos *ternarios*. (N. del T).

para que la sangre conserve sus condiciones fisiológicas. La familia de las *gramineas* por sí sola (trigo, centeno, cebada, arroz, sorgo ó alcandía, etc) puede bastar para el mantenimiento del organismo humano, y uno solo de estos cereales, el trigo, alimenta poblaciones enteras. Todos ellos contienen por completo todos los elementos de la vida: las substancias *azoadas* ó proteicas, las substancias *respiratorias*, las substancias *grasas* y las materias *minerales*. La familia de las *leguminosas* contiene más azoe que la carne animal; á esta familia pertenecen las habichuelas, los guisantes, las habas, etc.

Sería demasiado prolijo enumerar toda la riqueza del reino vegetal.

Sin embargo, sería imprudente pasar de una manera brusca del régimen carnívoro al régimen vegetal. Es preciso saber acostumbrarse poquito á poco, y sobre todo, aprender á evitar toda clase de abusos. Esto constituye una verdadera ciencia, en la cual se necesita iniciarse de un modo inteligente. Pero, una vez adquirido el hábito del régimen vegetariano, se notará bien pronto una mejoría general en la salud: los sentidos serán más delicados, la belleza será más noble, y las enfermedades se alejarán de un terreno donde nada encontrarían que las fomentase; el sentido moral mejorará también, y las ideas se destacarán más puras, nobles y elevadas; la inteligencia, en fin, haciéndose más clara y penetrante, dará mayor grandeza y poder á los hombres de ciencia.

El régimen vegetariano es la miseria que desaparece de la escena, y es al acrecentamiento del bienestar general al mismo tiempo que de la salud pública [1].

* * *

La cuestión del vegetarismo considerado desde el punto de vista científico, se presenta bajo un aspecto más elevado todavía que el que acabamos de ver. Un jóven sabio, amigo nuestro y discípulo de Augusto Comte, Mr. Castro Fernández, ha estudiado muy profundamente esta materia. He aquí la reproducción de una carta que nos ha dirigido últimamente, y que es

(1) Sería de desear que los gobernantes se fijasen debidamente en esta materia, al objeto de mejorar en lo posible la suerte de las clases desvalidas y menesterosas. Esta cuestión entraña la solución de un problema social y económico de la más alta importancia.

Además, mucho se podría hacer desterrando las preocupaciones que acerca del régimen alimenticio tiene el vulgo y aun muchos que presumen de sabios é ilustrados. (N. del T.)

tanto más interesante, cuanto él mismo es vegetariano y ha hecho en su propia persona una serie de experimentos *ad hominem* que gozan de la autoridad del método experimental. He aquí esta carta:

Mustapha, 18 Diciembre 1886.

Querido Sr. Renato Caillié.

Supongo que obrará en vuestro poder mi carta anterior. Os he prometido hablaros de la cuestión vegetariana, y voy ahora á cumplir en parte mi promesa. Esta cuestión es de una importancia capital, sobre todo para los ocultistas, porque desde el momento que vosotros admitís la existencia de tres planos: *físico*, *astral é intelectual*, todas las funciones de la vida no son otra cosa más que una *nutrición*, es decir «el paso de cierta cantidad de materia de un grado inferior en la escala de la evolución, á un cuerpo de un grado inmediatamente superior, para ser asimilada y, por lo tanto, elevada en la misma escala. La nutrición, pues, se opera en todos los planos y en todos los reinos. La nutrición es el fenómeno, la evolución es la ley. Vos transformáis, por medio de la alimentación, el mundo físico y vuestro cuerpo físico, y por una función análoga, ó mejor dicho, por la misma función, pero en planos distintos, vos transformáis los *mundos* astral y espiritual, es decir vuestra alma y vuestro espíritu. Muy fácil sería demostrar los cambios físicos morales é intelectuales que se suceden en un individuo según el alimento que se le dé; esto no sería más que la demostración evidente de la *unidad de la substancia* y de sus leyes. Las ciencias ocultas nos enseñan que la ley única es la evolución que tiene lugar en toda la substancia cualesquiera que sean los planos, los estados y los reinos á que pertenézca. En los tres planos existen el elemento *subjetivo* y el elemento *objetivo*, y entre ellos hay dos factores: acción y reacción. La ciencia oficial no puede desconocer esta verdad ante los fenómenos de sugestión y de obsesión que se repiten todos los días. A nuestro modo de alimentarnos en el mundo físico, corresponde un modo perfectamente análogo de alimentarse en los otros mundos. La educación moderna es falsa, de igual manera que son falsos nuestra cocina y nuestro régimen alimenticio. «Tal como es arriba es abajo.» Sin esto se quebrantaría la unidad.

Todo sistema de alimentación mediante el cual nosotros detenemos la evolución de los otros seres es falso.

La verdadera alimentación es aquella que consiste en gastar la MENOR CANTIDAD DE FUERZA posible para atraer una MAYOR CANTIDAD DE SUBSTANCIA

al grado INMEDIATAMENTE superior. (Digo *inmediatamente* porque la naturaleza no hace saltos.)

Examinamos á la luz de estos principios el régimen frugívoro.

Encaminaos al campo, bañado por los rayos del sol y en medio de un aire puro; cojed una naranja, comedla, y por medio de los labios y de la lengua, lanzad de vuestra boca, con un ligero soplo magnético, las pepitas amargas que el instinto os veda comer, y que han permanecido en vuestra boca durante los breves instantes en que todo vuestro organismo gozaba de una agradabilísima sensación, que yo no me atrevería á calificar de exclusivamente fisiológica. Os haré observar que la semilla es, en el fruto, la única cosa que contiene seres pertenecientes al *reino animal*.

Os describo el fenómeno tal como tiene lugar en nuestros días. ¿No es eso? Todo sale ganando en ello: el reino animal por la parte de la naranja que os habéis comido, y en cuanto al reino vegetal, vos le habéis dado otros árboles cuantas han sido las pepitas que vos habeis lanzado al suelo, llevando vuestra impresión magnética, la cual no puede menos de ser favorable al progreso del reino vegetal. Los frutos que más tarde producirán dichas semillas, tendrán quizás una tendencia á elevarse en la escala de la evolución, y serán para las generaciones venideras un alimento más rico, moral y físicamente. Esto es muy justo: el reino vegetal os da sus productos, y vos debéis devolverle este beneficio; el produce para vos, producid vos, pues, para él. A mi modo de ver, esta sencilla observación nos abre horizontes completamente nuevos en la ciencia occidental, y nos conduce fatalmente á la demostración de este principio; *la justicia y la solidaridad son universales*, y además al de la *minima actio* y del *progreso universal*. Es inútil establecer una comparación entre este sistema de alimentación y el de la carne. Los dos pueden señalarse con estos dos signos opuestos: + y —

Ya conocéis, pues, uno de los aspectos bajo los cuales yo considero esta cuestión.

Vuestro afectísimo,

JORGE CASTRO.

Hora es ya de poner término á un asunto que, para ser completamente dilucidado, necesita una pluma más competente que la mía; otros vendrán á tratar en esta Revista la cuestión del régimen alimenticio, así bajo el punto de vista de la reforma necesaria del que se practica y recomienda en nuestros días, como bajo el punto de vista de las ventajas especiales del ré-

gimen vegetariano, y también bajo otro particularmente noble y generoso, cual es inducir al hombre á tratar á los animales con más respeto y miramiento, y elevar sobre un plano más digno de nosotros á aquellos que, desprovistos de toda clase de medios de defensa y de protesta, son para nosotros unos auxiliares indispensables y decididos en el ejercicio de nuestros derechos como señores del mundo.

RENATO CAILLIÉ. (M. S. T.)

(*Traducido por* J. ROVIRALTA BORRELL.)

APELACIÓN AL CÉSAR *

Cuando Roma regía al mundo, en su César hallábase concentrado todo su poder. Cuando uno que clamaba justicia desafiaba la sentencia con el grito: «¡Apelo al César!» se le contestaba: «El César te oirá», con lo cual se refugiaba él á los pies del trono, Hoy día se habla de una apelación al César como de un recurso supremo y final. Evoca la idea de una resolución irrevocable. A despecho del trascurso del tiempo, una apelación tal impresiona nuestro ánimo por su majestad indecible, pues sugiere la idea de una verdad palpitante. La apelación al César tiene lugar eternamente en el mundo espiritual.

Cuando siente el hombre por vez primera dentro de sí mismo el latido misterio de aquel poder que le anuncia una vida muy superior á aquella en la que se halla sumido; cuando anhelante se fija en él, pues siente las vislumbres de lo espiritual, habiéndose apartado con desprecio de lo material, mira entonces en torno de sí mismo buscando quien le informe, trata de encontrar un curso de vida al cual sujetarse. Pregunta á sus amigos; lee muchos libros; oye á profesores y á autoridades en la materia, tanto reales como nominales. Adquiere una masa enorme de noticias externas, y por fin, encuentra tan sólo confusión. Puede su inteligencia recibir alimento durante un cierto tiempo, pero lo que sostiene su corazón, cede, al fin; está saturado, pletórico, atrofiado. Se dirige entonces á la Vida misma. Dirige preguntas á la vanidad y á la desesperación, á las orgías y á la agonía; pregunta al Amor, á la Esperanza, al Miedo, á la Fé. Contempla él los ideales del arte todo, y la libertad indomable de la Naturaleza, aproximándose tal vez más al secreto cuando observa el curso inalterable de las estaciones,

* *The Path*. vol. II.

y como el invierno es causa por sí mismo de una contracción violenta que estalla en el despertar férvido y vernal de la Primavera. Lánzase en alas de los sueños; confronta la gran falange de los grandes problemas y las sugestiones más nebulosas; pero no posee la llave de este laberinto; él no sabe que esta eterna alternativa es la Vida misma, y que tiene que dirigir sus ojos á mayores profundidades todavía. Entonces, el corazón no sostenido por la inteligencia, le falta también. Oye quizás hablar de los Maestros de Oriente, de los «Directores del Mundo», de quienes, *cuando el viento sopla*, viene el místico perfume que es la ambrosía del alma [1]. Pero el viento no sopla entonces, (ó lo que es lo mismo, no ha llegado para él la hora, según la Ley), y brota entonces en él la idea de que no es más que uno, de los que entre tantos millones, al través de los siglos, han lanzado un grito momentáneo, fuera de la esclavitud de la existencia, volviendo después contentos á las «ollas de carne de Egipto». Tenía que probar aún que poseía, por lo menos en algún grado, el poder de volar. Así es que no recibe ningún consuelo ni auxilio válido ó duradero de ninguna parte; y mientras tanto, en torno suyo, las tentaciones de la Vida permanecen agarradas á sus vestidos, y las corrientes del mundo le lanzan de un lado para otro. Al llegar á este punto, muchos desisten; aquel que persevera, presta oído después á su propio *interior*. Él oye vagamente, ahora este impulso, alivia aquel, en medio de las variaciones multiformes del alma, aturdida ella misma en razón de su larga permanencia en la materia; aun el mismo santuario interno, en el cual él más confía, parece defraudar, sus esperanzas. Entonces, si su alma es todavía débil, su pensamiento flaquea, su visión espiritual se desvanece entre nieblas, y reasume él su marcha ordinaria de vida andando á paso corto, con sus esclavizados compañeros, á manera de uno que se despierta cansado y mareado de las fantasmagorías del sueño. Le perdemos nosotros de vista entre la multitud jadeante; se ha salido de la ola con un salto; pero sólo para caer en el abismo. Pero aquel que es fuerte, aumentando en fuerza á medida que concentra en sí mismo las fuerzas que ha vencido, desdeña entonces á todos los demás poderes, y resueltamente decide permanecer sobre su propia naturaleza. Declara que desde el momento en que puede concebir una Vida superior, debe hallarse ésta á su alcance, y con decisión indomable trata de alcanzarla. ¿Cómo? No lo sabe, pero se apoya únicamente en aquel impulso interno.

(1) *Saddharma Pundarika.*

Entonces apela al César. César jamás deja de oirle.

En aquellas resplandecientes esferas en las que para siempre residen los Hijos de la Gloria, todo es paz, todo es silencio. Desde la bóveda celeste que cubre al astro, se percibe un sonido lejano. Se aproxima, y los Dioses experimentan cierto temblor; vibran con él, y con mayor atención escuchan, pues tiene aquel encanto que únicamente les conjura, el encanto que la esencia de la humanidad lleva siempre consigo (1). Es la voz del hombre, que cuando no piensa ya en sí mismo, es más fuerte que todos los ángeles en masa, y más débil que la queja muda del bruto, cuando es egoísta. Quizás es esta la primera señal de inteligencia que el peregrino ha recibido de la casa de su Padre. Quizás antes la han oido ellos venir, y la Vida la ha lanzado hacia atrás. Acércase cada vez más, aumentando en fuerza á medida que avanza, gracias á las simpatías de los poderes y mensajeros celestiales que se lanzan todos á ella para aumentarla y apoyarla; cae á manera de una estrella en el océano de la eternidad, el cual se hincha para salir á su encuentro, vibrando, difundiéndose, y rebosando con ondulaciones mágicas, harmoniosas y llenas de dulzura. ¡Ah! con qué triunfante vuelo, con qué empuje de gloria la voz potente de humanidad perfora los espacios intersiderales y abre el camino de los Dioses á los hombres. A lo largo de aquel camino van llegando grupos de almas durante largo tiempo esperadas, triunfantes, llenas de júbilo, entre auroras resplandecientes. Fulguran, en contestación, las esferas celestiales; despiertan los ecos argentinos, y con triunfo solemne, Dios á Dios proclama que el hombre una vez más ha reclamado lo que es suyo! «Harán fiesta los ángeles de Dios por un pecador que haga penitencia.» (2) El Dios ha esperado esta hora durante más tiempo del que pueden recordar las almas. Los derechos del hombre se apoyan en el poder de su Mismo Divino al cual ha apelado. Ambos constituyen los dos polos de una esfera, y el poder del más elevado puede únicamente manifestarse de un modo universal, tanto arriba como abajo, por medio de la unión completa con el inferior. Esta unión asegura la inmortalidad al alma humana y el esplendor del goce distinto al divino espíritu.

(1) En los libros Indos y Buddhistas encontramos referencias á esto, como el calor creciente de Indro ó de cualquier otra deidad, la cual así conoce que su interposición abajo es necesaria: como cuando el padre de Buddha deseó construir un estanque para tener lotos; Indra entonces en una noche se lo construyó. J. N.

(2) S. Lucas, XV. 10 y 7.

Así, cuando el Mismo Superior oye el grito de apelación, responde al más santo de los pactos. Puede esta apelación haber tenido lugar en otras épocas, y ser el grito actual la renovación tan sólo de votos olvidados, ó puede ser lanzada ahora por vez primera en la primera expansión de la evolución psíquica. En lo referente á esto, no puede fijarse regla ninguna. En cada vida todas las vidas anteriores se repiten por sí mismas, del mismo modo que la ley de pensamiento ó de asociación reproductiva opera en cualquier cataclismo, de suerte que todos los sucesos similares pueden ser vistos así. Cada sueño evoca á todos los sueños pasados y un accidente de hoy le bastaría á uno que estuviese suficientemente desarrollado, para ver y sentir todos cuantos accidentes había sufrido ya la víctima (1). Parece ser que llega, por fin, una encarnación que con énfasis repite la suma total de todas las demás vidas, de modo que el hombre se precipita con rapidez furiosa en torno de la rueda de esperiencia. Una encarnación tal hace que madure el período conocido con el nombre de «el momento de elección». La llegada actual de este período es marcada por la fuerza del alma que en él se encuentra; tiene que *saber*, antes de que pueda decidir. No es un «momento» en el sentido usual de la palabra; es un período de duración mayor ó menor, y creo yo que puede estenderse al través de muchas vidas: no puede entrarse en él, hasta que se ha apelado al César.

No es esta apelación, en realidad, la iniciativa. La centella interna que llevamos nosotros desde que salimos de la casa de nuestro Padre á manera de viajero que no abandona los recuerdos del hogar para él siempre sagrado, aquella centella desterrada despierta. Lo hace así, porque ha oído por fin un mensajero de la mansión celestial, y con su contestación afirma su recuerdo, no de otra manera los lazos de la sangre se manifiestan por sí mismos, cuando dos hermanos separados se encuentran súbitamente en un país extranjero, ó como los lazos de la humanidad se estrechan con acción inherente y automática ante el peligro común. Sabe la centella divina lo que la mente del hombre ignora, y lo que el alma olvida, que existe un peligro para sus asociados, un peligro de muerte eterna. Así como de tiempo en tiempo, el Dios interno llama la atención del viajero, del mismo modo del pecho del hombre lleno de perturbación brotan en contestación anhelos vagos y confusos. Él, el Sér inmenso, que pacientemente espera al través de los siglos, envía mensajeros aéreos, un impulso de poder, un mensaje

(1) Un amigo que estaba en compañía de un hombre lisiado, hace poco, vió en la luz astral un accidente que le había ocurrido 25 años antes. J. N.

informe, insonoro, vibrante á manera de luz flamígera, á lo largo del hilo misterioso que une al hombre con el Dios, como el rayo de la luna une al cielo con la tierra. Hacia arriba, por aquel camino maravilloso tienen que lanzarse todas y cada una de las aspiraciones del hombre, y por el mismo descienden centelleando las respuestas de aquél Amor eterno por el cual únicamente vivimos.

Aquél que es fuerte pasa ahora á unas tinieblas completas, en las que ningún poder más que el suyo puede penetrar; arranca súbitamente á su alma del remolino de la angustia y la coloca en los límites extremos del espacio. Tiene entonces que encontrar su camino en el corazón del silencio.

Se le contesta, como he dicho; pero no siempre él oye la contestación. No comprende el lenguaje espiritual. Al principio, los ecos de sus propias necesidades es todo cuanto vuelve atrás sobre él, llenos de la majestad y harmonías de las esferas con las que se ha puesto en contacto, y las cuales, á veces, le intoxican con un sentimiento de compasión por sí mismo.

No reconoce él que esta grandeza añadida es el ramo de olivo que le llega de más allá de la inmensidad de las aguas, y que es una garantía de la atención divina. No sabe él que sus significaciones penetran en su corazón, brillan en sus propios ojos, y brotan con sus palabras, y que en la mayor dignidad que conceden á su actitud y aspecto, los que exhantas y fatigados andan buscando la verdad ciegamente, sienten la seguridad de que existe una vida superior. Sienten ellos, aunque con frecuencia no sepan explicárselo claramente, que otro ha apelado al César, y que el Supremo Poder vive.

Una vaga melancolía desciende entonces sobre el corazón del peregrino. Es una tristeza más dulce que el estruendoso clamor de los placeres del mundo, y el sabor que deja en pos de sí es suave, no amargo. Es aquello que « en un principio es á manera de veneno, pero que al fin es á manera del agua de vida. » (Bhagavadgîtâ cap. 18). Continúa meditando y en busca de su alma; inquiriendo la verdad independientemente de sus concepciones acerca de la misma; continúa procurando distinguir las necesidades de su naturaleza inferior, de las intuiciones de la superior (aunque al parecer ambas hablan valiéndose de una sola voz), y enviando sus aspiraciones al Dios, el cual responde con una lluvia vivificante de esperanzas nuevas. Las siente entonces él vagamente. Porque al lanzarse el rayo de luz en su socorro, se encuentra con las tinieblas materiales en las que vive. Puede pasar quizás una pequeña porción del mismo y vigorizar su corazón,

pero parte de él es refractado por las cosas que le rodean, reflejos de pensamientos y costumbres del mundo, y llega á él el rayo divino desnaturalizado y falseado. Tambien entonces, cuanto más potente sea el rayo, con tanta mayor fuerza se acumulan las tinieblas retrocediendo ante el mismo; en torno del hombre son más densas que nunca las faltas, los errores se han acercado más á su corazón, penetran en su casa y allí riñen y originan tumultos. Así es que con frecuencia sucede que cuando el socorro se halla más próximo, parece encontrarse á una distancia remotísima, y que la contestación del César no llega, condenándole á oir las voces burlonas de la desesperación y del pecado. Imaginan los hombres que la contestación del Mismo Divino tiene que llevar consigo la paz; no es así al principio. Jesús dice: «No penséis que he venido á traer paz á la tierra; no he venido á traer paz, sino una espada.» (Mateo. 10, 34). Queda todavía mucho que combatir; pero sólo por medio del combate podremos obtener la paz. Tenemos que luchar con el poder como hizo Jacob con el ángel, antes que pueda concedernos una felicidad completa. Cuando esto tiene lugar, es para el bien de la humanidad y debe el hombre fundar en el mismo motivo su apelación. Este es el rito del sacrificio del cual habla el *Gîtâ*, como instituído desde un principio, esta intercomunicación con lo Divino. Una vez que hemos apelado conscientemente, hemos en cierto modo retado al Supremo; nos hemos puesto bajo la garra de la Ley, y el compromiso tiene que ser cumplido. Y hasta entonces no podemos avanzar. Un Maestro escribió á uno que le pedía ser su discípulo: «Ojalá que á los poderes á los cuales tú has apelado *les sea permitido el ayudarte por otros poderes mucho más grandes y mucho más elevados!*» Se refería él al Mismo Superior y á la Ley.

Conozco yo á uno que iba en busca de la verdad y que á cada punto sufría descalabros. Hallábase sumido en la desesperación y postrado bajo el peso más terrible que pueda aplastar al alma humana. Toda su naturaleza clamaba por Dios. Sentía algo á manera de contacto que le libraba de la carga, rodaba la piedra y en el espacio, encima de él, contemplaba una forma de luz todo tranquilidad y resplandor, cuyo aspecto era una transfiguración de sí mismo. No he sabido más, pero este hermano mío que estaba perdido, ha sido encontrado de nuevo.

Muchos de vosotros, compañeros, os encontráis en la misma situación; habeis llamado, se os ha contestado, pero no habéis oído. Me diréis: «¿Cómo tenemos que oir, cómo interpretar la voz?» Esto no puedo decíroslo yo;

existen tantos medios como hombres. Cada uno de vosotros y él únicamente es juez de sí mismo: él y César. Pero puedo aseguraros que cada una de las aspiraciones que sentís del Dios y la repetición de las mismas, son tan sólo mensajes. Pueden sus contestaciones asumir la forma de mayores angustias y de tormentas en reserva, porque todo esto no son más que los medios para vuestra prueba y desarrollo, y vosotros mismos os los habeis decretado, sembrando para ello los gérmenes en otras vidas. Procurad, pues, considerar cada una de estas cosas como el ausilio del que precisamente necesitáis. Durante todo el tiempo que domine en vosotros un pensamiento anti-egoísta, no sóis abandonados; durante todo el tiempo que conserváis la fe, se os oye. Este ausilio permanece fuertemente apoyado en lo Real; jamás puede ser desarraigado, apartado ó disminuído. Es vuestra herencia, á ella tenéis derecho, y nadie más que vosotros mismos puede negároslo. Vuestra ignorancia misma puede tan sólo oscurecerlo. La voz verdadera os hablará de las tristezas del mundo, del gran porvenir de la humanidad y de vuestro Mismo Divino.

La hora de la apelación es el momento solemne. Si lo perdéis ahora, ¡cuánto tiempo no tendréis que esperar, impotentes soñadores en regiones celestiales, saboreando delicias y premios que mueren por fin? Tendréis que volver entonces otra vez del mundo de los afectos á éste. Buscad en lugar de éste el Mundo de las Causas. Las causas son soberanas; ellas son únicamente eternas.

En medio de los rugidos del mundo, del empuje estupendo de sus fieras corrientes, entre los silbidos de sus huracanes y la potencia de sus rayos que tan sólo revelan tinieblas al alma agostada; en medio de sus miasmáticas miserias, en medio de sus placeres y de sus esperanzas superiores, abrazaos á aquél pensamiento único que á manera de la gaviota desafía un millar de tormentos; al pensamiento de aquella Humanidad que en la Divinidad tiene que sumirse; al pensamiento del Mismo, del Todo. Dadle fuerzas con todo el amor de vuestros corazones, con toda la dulzura de vuestras naturalezas y lanzad á los cielos un grito poderoso. Porque cuando por medio del Espíritu el hombre quiere, cuando su alma se lanza al espacio para reclamar sus derechos, conmuévense las esferas remotas, y el secreto del Sér es comprendido.

¡Apelad, apelad al César!

Jasper Niemand, M. S. T.

(Traducido por Nemo)

CARTAS ROSACRUCES

Traducidas del Alemán por *F. H.* y publicadas en el *Theosophist*. Vol. IX.
Traducidas del inglés por **Nemo**

VI

(*Conclusión*)

Existe sólo una religión fundamental y una fraternidad universal tan sólo. Formas esternas, sistemas y asociaciones religiosas, todo son cáscaras bajo las cuales una porción tan sólo de la verdad permanece oculta, y estas cosas esternas son únicamente verdaderas en proporción á como representan las verdades que en su interior encierran. Son necesarias para todos aquellos que no han obtenido todavía el poder de reconocer la verdad invisible é informe, á menos que un símbolo la represente, y el hacerles comprender poco á poco, que la verdad, aunque para ellos invisible, existe, es dar lugar á que en ellos nazca esta creencia que servirá á manera de una base desde la cual su fé, ó sea su conocimiento espiritual, podrá comenzar á desenvolverse; pero si las formas esternas de un sentimiento religioso representan verdades internas que no existen en aquel sistema, entonces no representan más que mojigangas desvergonzadas. Existen tantos errores como formas y teorías existen, porque las teorías pueden ser sólo relativamente ciertas, y siendo infinita la verdad absoluta, no puede ser circunscrita á una forma limitada. Los hombres han tomado equivocadamente la forma por el espiritu, el símbolo por la verdad, y de esta equivocación han brotado errores infinitos. Estos errores no pueden ser corregidos por medio de denuncias, ni con ardientes controversias, ni asumiendo una actitud hostil contra aquellos que viven en el error; las tinieblas no pueden ser desvanecidas combatiéndolas con armas; es la *luz* quien acaba con ellas, y allí donde entra el saber, cesa de existir la ignorancia.

En este siglo presente, que acaba de comenzar, aparecerá la luz. Cosas ocultas durante siglos serán conocidas, muchos velos serán descorridos, y será revelada la verdad que existe en y mas allá de la forma; la humanidad como un todo se acercará más á Dios. No podemos decirte ahora porqué, tendrá lugar esto en *este* siglo; nos limitaremos únicamente á decir, que para cada una de las cosas existen su tiempo y su lugar correspondiente, y que todas las cosas en el Universo se hallan reguladas por una ley divina de orden y de harmonía. Primero vino el símbolo que contenía á la verdad, vino después la explicación del símbolo, y después de esto, la verdad misma será recibida y conocida; no de otra manera á un árbol se le vé y se le percibe después que de la semilla ha brotado, siendo la semilla el símbolo en el cual su entero carácter permanecía sintetizado. Nuestro deber es prestar ayuda al nacimiento de la verdad, y abrir las cáscaras en las cuales

la verdad se halla contenida, reavivando en todas partes los jeroglíficos muertos. Hacemos nosotros esto, no por nuestro propio poder, sino gracias al poder de la *Luz*, que obra en nosotros á manera de instrumento.

Nosotros no pertenecemos á secta alguna, no tenemos ambición ninguna que satisfacer, no deseamos ser conocidos, ni somos de aquellos á quienes disgusta el estado presente de cosas en el mundo y que desean gobernar para imponer sobre la humanidad sus opiniones. No existe persona ni partido alguno que influya sobre nosotros, ni esperamos premio alguno personal por nuestros trabajos. Poseemos una *Luz*, que nos permite conocer los misterios más profundos de la Naturaleza y un *Fuego* poseemos que es el que nos alimenta, y por medio del cual podemos obrar sobre todas cuantas cosas en la naturaleza existen. Poseemos las claves para todos los secretos, y el conocimiento del lazo que une nuestro planeta con los otros mundos. Nuestra ciencia es una *Ciencia Universal*, porque abraza el universo entero, y su historia comienza con el día primero de la creación. Estamos en posesión de todos los antiguos libros de sabiduría. Todo en la naturaleza se halla sujeto á nuestra voluntad, porque nuestra voluntad es una con la del Espíritu Universal que es la potencia motriz del Universo entero, y el origen eterno de toda vida. No necesitamos de informe alguno, ya sea de hombres, ya sea de libros, porque tenemos el poder de percibir todo cuanto existe, y el de leer en el libro de la naturaleza, libro en el cual no existen errores. En nuestra escuela se enseña todo, porque la *Luz* que ha producido todas las cosas es nuestro Maestro.

Podemos hablarte de lo más maravilloso que conocemos nosotros, lo cual está tan por completo fuera del alcance aun del filósofo más erudito de nuestros tiempos, como lo está el sol de la tierra; pero que está tan cercano á nosotros como lo está la luz del espíritu al espíritu del cual emana; pero no es nuestra intención el excitar tu curiosidad. Deseamos crear dentro de tí la sed de sabiduría y el hambre de amor fraternal, á fin de que puedas abrir tus ojos á la luz, y contemplar por tí mismo la verdad divina. No nos corresponde á nosotros el acercarnos á tí y abrir tu entendimiento, es al poder de la verdad misma que entra en el corazón; es el desposado divino del alma quien llama á la puerta, y muchos son los que no le quieren admitir porque se encuentran sumidos en las ilusiones de la existencia esterna.

¿Deseas llegar á ser un miembro de nuestra Sociedad? Si es así, penetra en tu propio corazón. ¿Deseas conocer á los *Hermanos*? Si es así, aprende á conocer á la divinidad manifestándose por sí misma dentro de tu propia alma. Busca dentro de tí aquello que es perfecto, inmortal y no sujeto á cambio alguno, y cuando lo hayas encontrado, habrás entrado en nuestra sociedad y nos conocerás á nosotros. En nuestro círculo no pueden admitirse imperfecciones de ningun género, y antes de que puedas entrar en él, tienes que arrojar de tí todas las imperfecciones de tu naturaleza propia. Los

elementos corruptibles de tu interior deben ser consumidos por el fuego del Amor Divino. Debes ser bautizado con el agua de la verdad, y estar revestido de una sustancia incorruptible que es producida por pensamientos puros. El interno *sensorium* debe ser abierto á la percepción de las verdades espirituales, é iluminada la mente por la sabiduría divina. Entonces se desarrollarán dentro de tu propia alma grandes poderes, ahora para tí desconocidos, y podrás entonces vencer el mal. Tu entero sér será restaurado y transformado en un sér de luz, y tu cuerpo servirá de mansión para el espíritu divino.

Preguntas tú, ¿cuáles son nuestras doctrinas? No tenemos ninguna para proclamar; porque cualquiera que sea la que presentemos, no puede ser para tí más que una opinión dudosa, durante tanto tiempo como no poseas el conocimiento de tí mismo. Este conocimento propio tiene que ser obtenido por medio de la instrucción esterna y debe ir desarrollándose dentro de tí mismo. Interroga al espíritu divino en tu interior, abre tus sentidos internos á la comprensión de lo que dice, y contestará á tus preguntas. Todo cuanto podemos hacer es darte algunas teorías para que las consideres y examines. No para que las creas meramente porque proceden de nosotros, sin examinarlas antes y quedar de ellas satisfecho; sino para que puedan servirte á manera jalones y señales durante tus excursiones por el laberinto del exámen propio.

Una de las proposiciones que deseamos someter á tu consideración es que la humanidad como un todo, no será feliz de un modo permanente hasta que haya absorbido el espíritu de sabiduría divina y de amor fraternal. Cuando esto tenga lugar, las coronas de los que rigen el mundo serán razón pura y no adulterada, sus cetros serán amor; serán ungidos con poder para libertar á los pueblos de la superstición y de las tinieblas, y las condiciones esternas de la humanidad mejorarán despues que haya tenido lugar el perfeccionamiento interno. La pobreza, el crimen y la enfermedad desaparecerán entonces.

Otra proposición es que una de las causas por las que no son los hombres más espirituales é inteligentes, es el que la grosería y densidad de las partículas materiales que componen sus cuerpos, impiden la libre acción del elemento espiritual en ellos contenido, y que cuanto más groseramente vivan, y cuanto más se dejen dominar por los placeres sensuales, animales y semi-animales, tanto menos serán capaces de lanzarse en pensamiento á las regiones superiores del mundo ideal, y de percibir las eternas realidades del espíritu. Mira las formas humanas que por las calles encuentras, repletas de carne llena de impurezas animales y con el sello de la intemperancia y de la sensualidad impresos en sus rostros, y pregúntate á tí mismo, si están ó no adaptadas para las manifestaciones internas de la sabiduría divina.

Tambien decimos nosotros que *espíritu es sustancia, realidad.* Sus

atributos son: indestructibilidad, indivisibilidad, impenetrabilidad y duración. *Materia es una agregación*, produciendo la ilusión de la forma; es divisible, penetrable, corruptible, y está sujeta á cambios contínuos. El reino espiritual es un mundo indestructible actualmente existente, cuyo centro es el Cristo (el *Logos*) y sus habitantes son poderes conscientes é inteligentes; el mundo físico es un mundo de ilusiones, que no contiene ninguna verdad absoluta. Cada una de las cosas existentes dentro del mundo esterno son sólo relativas y fenomenales; es este mundo, por decirlo así, la pintura sombría del mundo interno y real, producida por la luz del espíritu viviente que obra en el interior y en el esterior de la materia animada.

La inteligencia inferior del hombre toma sus ideas prestadas del reino siempre inestable de lo sensual; y hállase, por lo tanto, sujeta á un cambio continuo, la inteligencia espiritual del hombre, ó sea su intuición, es un atributo del espíritu, y por lo tanto, inmutable y divina. Cuanto más etéreas, refinadas y movibles sean las partículas que al organismo físico del hombre constituyen, con tanta mayor facilidad penetrará en ellas la luz divina de la inteligencia y sabiduría espirituales.

Un sistema racional de educación tiene que fundarse en un conocimiento de la constitución física, psíquica y espiritual del hombre, y será únicamente posible, el día en que sea conocida por completo la entera constitución del hombre, y no meramente el aspecto material de la misma, sino además su aspecto espiritual. El aspecto esterno de la constitución humana puede ser estudiado valiéndose de métodos esternos, pero el conocimiento de su organismo invisible puede sólo ser obtenido por medio de la introspección y del estudio de sí mismo. El más importante consejo que tenemos para darte, es, por lo tanto:

APRENDE Á CONOCER TU PROPIO YO

Las proposiciones anteriores son lo suficiente para que las medites y examines á la luz del espíritu, hasta que recibas más enseñanzas.

H.

FANTASÍA

Á PAULA.

El Ego real en el hombre no recuerda, sabe ni contempla. Para el Ego no existe el pasado ni el futuro; ante sí permanece el *Kalpa* á manera de panorama variado: unas vidas se suceden á otras vidas, unos estados subjetivos á otros estados subjetivos.

El reflejo de su conciencia asume apariencias múltiples, es un actor que se cubre con distintos trajes, y cuando el personaje fingido que toma parte

activa en el melodrama de la existencia ilusoria, trata de recordar los distintos papeles que ha representado; cuando convenciéndose del eterno embuste que le rodea, se decide á concluir de una vez para siempre con las farsas religiosas, científicas y filosóficas, que unas vidas tras otras vidas han sido realidades, para él; entonces comienzan á descender sobre él mismo reminiscencias vagas, recuerdos remotos, rumores incomprensibles de tantas existencias entrelazadas con tantas otras en las cuales ha creído como si fuesen una realidad en cada una de ellas. Crímenes y virtudes, heroísmos y cobardías, amores y odios, placeres y dolores, esperanzas, desesperaciones, alegrías, tristezas, todo, en una palabra, lo que constituye el sentimiento de la personalidad separada, comienza á pasar lenta ó rápidamente ante su visión mental.

El mero hecho de poder decir uno mismo que está triste ó que está alegre, demuestra la existencia en nosotros de algo que no es afectado ni por la alegría ni por la tristeza, de algo que es lo que pesa, mide, juzga y contempla, de algo, en fin, que á manera de prisma analizador en nosotros mismos, es lo Real en nosotros; este algo es el *Ego*, «es Aquel» á quien, como dice el *Aungîtâ*, «no le toca la red de placeres, así como la red que forman los rayos del sol al cruzarse, no se une al cielo.»

*
* *

Malfina, enjuga pues tus lágrimas, y acompaña con tu voz lo que me queda por cantar. El canto del dolor, oh Malfina, fluye á manera de un río. Al alma de los bravos disuelve y la arrastra en su curso tenebroso; su murmullo complace, no obstante su tristeza. (*Ossian.*—El Incendio de Tura.)

Los Reyes de Luz han partido encolerizados. Los pecados de los hombres han llegado á ser tan negros que se estremece la Tierra en su gran agonía..... Los Tronos de azur permanecen vacíos. ¿Quién de entre las razas obscuras, quién de entre las rojas, ó quién de entre las negras puede tomar asiento en los Tronos de los Bienaventurados, en los Tronos de Sabiduría y de Misericordia? ¿Quién puede asumir la flor del poder, la planta de tallo dorado y de azulada flor? (*Doctrina Secreta*, vol. II. p. 424.)

Cuando el Atlas era mucho más alto que ahora, cuando las olas encrespadas del Atlántico se habían tragado ya á Ruta y Daitge, las dos islas enormes, restos gigantescos de la antigua *Atlantis*: cuando tan sólo quedaba como recuerdo de la misma la isla de la cual los sacerdotes Egipcios dieron noticia á Solón, diciéndole, además, que sus griegos «no eran como nación, más que unos niños.....» Cuando tan sólo Poseidomi quedaba como

reliquia del cuarto Continente; ya los SEÑORES habían abandonado á la Raza cuarta.

Pocos eran ya los restos de la Raza cuarta propiamente dicha, pues la fusión de la cuarta con la quinta era un hecho; pero Karma es inexorable. Poseidomi debía seguir la suerte misma que el Continente y que sus dos grandes islas; el Atlántico esperaba su presa. Los señores de Sabiduría Perversa eran ya impotates para contener por más tiempo el castigo de sus iniquidades. La acumulación Kármica era irresistible. A infinitos sistemas religiosos había dado origen, en los que presidía siempre la idea de un dios personal ó de varias divinidades dispensadoras de gracias ó castigos á su capricho. Del hombre habían borrado la idea de su DIOS INTERNO, pues para llegar á las alturas espantosas de su maldad refinada habían quebrantado á sabiendas el hilo que con su Individualidad Divina les unía, y no pudiendo soportar la idea de que aquellos que les consideraban como semidioses fuesen herederos de una existencia inmortal á ellos negada, todo su afán consistía en impedir que despertara en el humano pecho su inmortal espíritu.

* * *

Los negros Dragones de tempestad se aproximan, son los mismos que para la Maldad sirvieron. Repercuten. Los Lipikas son inexorables. Nubes negras preñadas de desastres obscurecen el cielo. Acumúlanse los elementales poderosos del Océano. Los fuegos subterráneos se preparan. Los hijos de la Luz permanecen detrás: son los ejecutores de los secretos Kármicos.

Pero la esencia de su sér es COMPASIÓN. Los Malvados sufrirán lo menos posible.

Y ella le dijo: mira cuán negro se pone el mar; el aire es sofocante, el cielo pierde su azul.—¿Y qué?, contestó él tristemente sin levantar su cabeza, que cogido entre ambas manos tenía, pues no quería ver otra vez las montañas de su patria; pero una atracción invencible fijaba sus ojos en la estela de la nave egipcia que les llevaba, pues se hacía la ilusión de que era el único lazo que le unía á su país, el que Platón llama Poseidonis en su *Timœus*. ¿Y qué? volvió á repetir, este mar, este aire y este cielo ya no los veremos más; ya no tenemos patria.

Lo que después pasó no pudieron decirlo; como se salvó su nave de la conflagración espantosa de elementos ¿quién lo sabe? Hay cosas que no se describen porque el silencio es muchas veces la más elocuente de todas las descripciones.

Poseidonis ya no existía.

Dos embarcaciones más se habían salvado, ellas pasaron por entre las columnas de Hércules; el estrecho no era como es hoy día, era mucho más

angosto, y en medio había una isla con un templo famoso. En él dieron detalles minuciosos del desastre. Poseidonis no existía; esta noticia no causó la menor sorpresa pues á pesar de que no había entonces telégrafos, se sabían las noticias antes que hoy; en los templos, por supuesto, sin necesidad de *telepatías* de ningun género ni de *cerebraciones inconscientes* de ninguna especie, conquistas gloriosas del siglo XIX. Eran unos pobres salvajes que no sabían que del *Protoplasma* procede lo que ellos en su ignorancia llamaban espíritu, alma, intuición, &.&.

Ella murió en la ciudad que después se llamó Gades. ¡Cuántas veces no han estado entrelazados los hilos de sus vidas en la tierra! Y todavía lo están..... pero lo que fué, lo que llaman Amor, se convirtió en algo más. Las diferencias sexuales son esperiencias para el Ego.

* * *

1. . . . .
.....yo soy uno de estos jefes divinos que hacen que sea verdad la palabra
2 de Osiris contra sus enemigos el día en que se aprecien las palabras. Tus compañeros son los míos, ¡Osiris! Yo soy uno de aquellos dioses nacidos de Nout que destruyen á los enemigos
3 de AQUEL cuyo corazón es inmutable, que por él reducen á prisión á sus adversarios. Tus compañeros son los míos, ¡Horus! Yo me he batido por tí, por tí he formado en batalla junto á tu persona. Yo soy Thot, que hace sea verdad la palabra
4 de Horus contra sus enemigos el día en que se aprecien las palabras.....
(LIBRO DE LOS MUERTOS. cap. I.)

¡Quién te ha conocido, Egipto, y quién te vé ahora! En todo su esplendor erguíanse todavía entonces los templos de Philoe, Ishambul, Edfuya Denderah y el Karnak. La Tebas gloriosa de las cien puertas era ya una ruína. Pero no: todavía permanecía como testimonio mudo de su grandeza el Karnak, solo, como hoy día. El Karnak, uno de los guantes que en desafío á una época de mezquindades religiosas y científicas lanzó la antigüedad majestuosa, antes de bajar á la tumba; pero las épocas se re-encarnan. Cuando todos los templos actuales Europeos no sean más que polvo, los colosos de Ishambul, las columnas del Karnak y los templos de la India labradas en la roca permanecerán en pie todavía. En Ellora y en Elefanta de nuevo aparecerá *la Raza que nunca muere*. Las salas del Karnak, á cuya techumbre no llegan la mayor parte de nuestras Catedrales, y que podrían contener á varias de ellas, no permanecerán tan solitarias como hoy. La Esfinge que agazapada yace enterrada casi por la arena, al pié de las Pirámides, no sonreirá ya más, desdeñosa y amenazadora como hoy día; el templo entre sus garras volverá á ser construído.

A la primera vez que contemplé la Esfinge, ya sonreía tristemente. Pregunté la causa, y el *Al-om jah* me dijo.

«La amargura de una vida continua y consciente de sacrificio perenne por la humanidad, bien pocos la conciben. Tener á mano medios para aliviar miserias infinitas y no ser posible, pues Karma lo impide, es un tormento sobre todos los tormentos, pues la esencia del SÉR es COMPASIÓN.

«La Esfinge es el símbolo de aquellos que han desafiado, desafian y desafiarán siempre á los que á sí mismos se titulan representantes de una divinidad cualquiera; es el símbolo de los que han visto y verán la destrucción de muchos sistemas infalibles y de muchas ciudades eternas.

«Su cabeza de hombre indica el HOMBRE REAL, el *Manasa Putra*, el Hijo de la Mente, el que ha conquistado la *Razón*, y que, por lo tanto, siempre tratará de desarrollar la centella del raciocinio independiente en la humana Raza, á despecho de todos los sistemas que tratan de convertir al hombre en un idiota imponiéndole la fe ciega.

«Sus garras son el símbolo de su fuerza, á la cual nada resiste cuando el momento cíclico para la acción llega.

«Su cuerpo de Toro, la paciencia y laboriosidad inagotables que sólo pueden ser alcanzadas cuando el hombre se olvida por completo de sí mismo para vivir sólamente para los demás.

«Sus alas son las del Águila que cerniéndose en los planos de la intuición espiritual, olvida las miserias terrestres, y se lanza al centro de toda luz para restaurar sus fuerzas y volver al combate con nuevos alientos.

«La Esfinge está triste; su sonrisa será desdeñosa el día en que Helenos extranjeros invadirán nuestro país sagrado, y obligarán á que los hierofantes emigren. Sonreirá con desprecio el día en que Emperadores Romanos pretendan destruir nuestros registros sagrados, y aniquilen y quemen lo que á nosotros nos parezca. Su sonrisa será burlona al ver una turba de mendigos y anacoretas fanáticos que se llamarán Cristianos, recorriendo los monumentos de su patria y tratando de destruir todos los símbolos que le han robado para inventar una llamada religión nueva. Su sonrisa varía, como vés, pero el día en que *despiertes y ante ti contemples mi sello*, el día en que *veas y recuerdes*, su sonrisa será amenazadora. Y entre sus garras no estará ya el templo que ahora contemplas, pues sería un estorbo.»

Y el *Al-om jah* marchóse, y yo seguí labrando mi piedra, pues era un humilde cantero.

NEMO.
